



COMUNIÓN

La acción de comulgar es la más grande y la más útil que puede hacer un cristiano. En la comunión, la criatura recibe á su Criador, el vil gusanillo á un Dios omnipotente, el esclavo á su Señor, el redimido á su Redentor. El mismo Unigénito del Eterno Padre, que vestido de nuestra naturaleza y lleno de infinita gloria asiste á su derecha en los cielos, baja á hospedarse real y verdaderamente en nuestro pecho, nos comunica las inefables riquezas de su amor, uniendo su carne inmaculada y preciosa á la carne flaca del que lo recibe. El hombre se junta por medio de esta comida celestial intimamente con Jesucristo. La criatura miserable llega á vivir por medio de esta unión con la vida misma de su Redentor; es hecha partícipe y consorte de la naturaleza divina; se le lavan todas las

manchas; se le comunica una gracia tal y tan sublime que podría causar envidia á los serafines mismos; todos los malos movimientos de su cuerpo y de su alma quedan reprimidos; ésta recibe una fuerza tal, que se hace capaz de causar temor al infierno todo; en suma: todas las virtudes quedan afianzadas con este manjar, pudiendo decir el cristiano que la fuerza de Dios es su fuerza porque vive con su misma vida.

Para que resulte en nosotros dicha tan envidiable de la comunión sagrada, es necesario que nos preparemos mucho y que sepamos el beneficio que Dios nos hace en alimentarnos con supropia carne. *No se trata de preparar habitación para hombres, sino habitación para el mismo Dios.* Purifiquemos nuestra alma de toda imperfección probándonos á nosotros mismos, como lo manda el Apóstol.

Acerquémonos con una humildad profunda, considerando... quién viene... á qué viene... para qué viene... Viene el Rey inmortal de los siglos, riquísimo, hermosísimo, poderosísimo, en su misma carne, sangre, alma y divinidad; viene á hospedarse en el pecho de una miserable criatura que tantas veces le ha ofendido y que ha merecido mil infiernos. Viene para decirnos: *todo te lo daré, aunque sea, no la mitad de mi reino, sino mi reino todo; porque entregándome yo mismo á ti, ¿qué te podré negar?* Acerquémonos con el

alma y el cuerpo puros y castos, porque vamos á aplicar nuestros labios á las carnes de aquel que se apacienta entre lirios. Acerquémonos con grande fervor, con grandes ansias de recibirlo, porque á proporción de nuestros deseos será la utilidad que nos resulte. Acerquémonos con grande amor, y para que esto se haga como conviene retirémonos por un rato, antes de comulgar, á un sitio separado á excitarnos con expresiones afectuosas y jaculatorias encendidas.

PREPARACIÓN PARA LA SAGRADA COMUNIÓN ¹

Soberano Señor y Rey de gloria, que debajo de las cortinas de blancos accidentes estáis haciendo ostentación de amor, y por secretas vías, cual cazador divino, tiráis encubierto mil flechas, con que rendís las almas, convidando á la mía que llegue á recibirlos y se deje cazar de vuestro amor, y

(1) De los *Soliloquios* del P. Villegas, de la Compañía de Jesús.

esto con tal fineza que llegáis á ofrecerle la vida eterna sólo porque os reciba, y la amenazáis con muerte eterna si no os obedeciere. ¿Qué he de hacer, Rey de la gloria, en este caso? Que mi alma confusa no sabe qué escoger. Si os considera á Vos, y de ese inmenso Sér la eterna majestad y el poder infinito, ¿cómo osará llegar á un Dios tan grande, que de sólo oír su nombre tiembla el infierno, y aun del cielo las más firmes columnas se estremecen? Si á sí misma se mira, su bajeza y miseria, sus pecados y culpas, hállase tan indigna, tan corrida y confusa, que de sólo pensar que ha de llegar á Dios, á quien tiene ofendido, quisiera no ser, quisiera aniquilarse.

¡ Oh Dios eterno! ¡ Oh inmensa Majestad! ¿Qué confusión es és-

ta? ¿Qué laberinto es éste en que me hallo? Si no os recibo como me lo mandáis perderé vuestra gracia, y con ella la vida; cierta será mi muerte eterna y temporal. ¡Y qué muerte mayor que perderos á Vos, que sois manjar de vida! Pero si recibiendoos no me dispongo conforme á la inmensa grandeza de vuestra Majestad, ¿qué pena habrá bastante á castigar mi loco atrevimiento? ¡Ay Dios del alma mía! ¡Ay Dios eterno! Decidme, ¿qué haré para que acierte en cosa en que tanto me va? ¿Rendiréme al temor que tengo de enojaros, ó al amor y deseo de teneros contento? En fin, Amado mío, venza el amor, venza, ¡oh mi dulce Jesús!, la confianza que en Vos tengo. Con ésta animoso me llevo á vuestra mesa á comer vuestro Pan, y con ésta

esforzado pierdo el temor y gozoso me llevo y asiento á vuestro lado. Ea, alma mía, acércate y no temas, que aunque tu Dios es fuego, fuego es que abrasa, pero también regala; fuego es de amor, que sin herir el cuerpo, abrasa el alma y á todas sus potencias, y quitando sus penas se las convierte en glorias. Ea, llega con confianza, que cuanto más enferma, más necesaria te es la eficaz medicina y el médico sabio. Y cuanto más helada, más fuego has menester. ¿Qué haces? ¿Estás fuera de ti cuando así te retiras de este Sacramento? ¿Estás helada, y apártaste del fuego? ¿Estás manchada, y huyes de quien te ha de limpiar? ¿Estás enferma, y apártaste del médico que te ha de curar? Ea, llega, no temas, que por grande que sea

tu frialdad y tibieza, es mayor el fuego de su amor y el volcán de su pecho.

¡Oh alma mía, y qué dichosa eres! Dichosa tú mil veces, pues ves ahí presente en este augustísimo Sacramento lo que tantos patriarcas y reyes adoraron por sombras y se alegraron de verle aunque de lejos. Mírale bien, y advierte que no hay en el cielo y tierra otra cosa mejor ni más hermosa y bella que puedan ver tus ojos. Él es el Deseado de las gentes, el Padre de los siglos, el Salvador del mundo. Él es el engendrado *ab æterno* en el pecho del Padre entre resplandores de gloria, y el engendrado en tiempo en el vientre de María entre resplandores de gracia. Mírale bien, y advierte que es tan lindo y hermoso que en su rostro desean

verse los ángeles, y sus ojos son gloria de los cielos y alegría de la ciudad de Dios. Llégate á Él, no temas, que Él es tan apacible que te oirá con agrado y te dirá piadoso lo que al ciegucecito del Evangelio : *¿Qué quieres que te haga?*—¿Qué me pedirás, alma, que yo no haga por ti? Alma por quien bajé del cielo y descendí á la Tierra; alma por quien hedado con amor mi vida; alma que me has costado la sangre de mis venas; alma á quien yo doy á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, ¿qué me podrás pedir que yo no te lo conceda?

Ea, sentidos y potencias, venid aprisa á recibir á Dios; agradeced humildes tan grande dignación, favor tan superior como es que un Dios inmenso, eterno, omnipotente, á quien alaban las

estrellas de la mañana, á quien el Sol y Luna obedecen alegres, á quien sirven gloriosos ejércitos de alados serafines, y á quien asisten siempre millares de millares de espíritus angélicos, vencido del amor bajó á la Tierra, y ahora disfrazado va á entrar en la casa pajiza de mi pobre corazón para hospedarse en él y para honrarle con su Persona real, soberana y divina.

Dulcísimo Jesús, Salvador mío, Esposo enamorado de las almas: dadme esos brazos, y descanse yo en ellos para siempre. Entrad en mis entrañas, tomad la posesión del alma y corazón. Sed Vos su dueño, su pastor y guía, su vida y salud, su centro y su descanso, su vida y consuelo, y todo aquello que vuestra Majestad gustare hacer ó servirse de mí

y de todas mis cosas. Sólo os suplico, soberano Señor, que pues os dignáis de ser Esposo mío con tan alta unión como se hace en este divino Sacramento, seamos para en uno los dos: Vos siempre mío, y yo siempre vuestra; Vos á mi lado, y yo siempre al vuestro; Vos contento de mi dejándome que os sirva, yo pagada de Vos con que os dejéis servir. Y de hoy más, Rey de la gloria, habéis de ser tan mío y yo tan vuestra, que no ha de haber un sí y un no entre los dos; mi voluntad tan sujeta á la vuestra, que ya no han de ser dos, sino una sola. Desde hoy, cual fiel esposa, os ofrece mi alma guardar fidelidad; ya no dará lugar al vano amor de criaturas, como hasta aquí le ha dado. Ya he caído en la cuenta de mi perdido

bien; ya reconozco y lloro los yerros de mi vida pasada, cuando, errando mi voluntad, andaba ciega sin encontrarse con Vos, que sois su último fin, su centro y su descanso.

¡Ay tristes horas las que á Dios ofendí! ¡Ay tristes años los que viví sin Dios! ¡Ay culpas más, qué de mal me habéis hecho, pues me apartasteis de los brazos y corazón de Dios, en quien vivía el alma contenta y satisfecha, teniendo en él Esposo que la amaba, Padre amoroso que la defendía, vigilante Pastor que la guiaba, Amigo fiel que la tenía á su lado, y todos los bienes que puede desear el corazón humano! Bien sabéis Vos, Señor, cuánta verdad es ésta, y que mejor que lo dice la lengua lo siente el corazón, y con sentidas lágrimas

mas y suspiros ansiosos llora mi alma al haberos perdido. ¡Ay vida de mi alma! ¡Ay mi dulce Jesús! *¿Qué puedo yo querer en el cielo, ó qué puedo yo desear en la Tierra, sino á Vos solo, que sois mi único bien, toda mi hacienda y toda mi riqueza, todo mi gusto y todo mi deleite, toda mi gloria y todo mi contento?* (Salmo LXXII.)

Afuera, afuera aficiones del mundo tan vanas como viles, que no podéis llenar los senos de mi alma. Á Vos sólo, mi Dios, que sois mi sumo bien eterno é inmutable, amo sobre todas las cosas. Con Vos estoy contenta, y en Vos sólo tengo cumplido mi gusto. Como Vos, Señor, me dejéis que os ame, doy suelta á todos los amores de vanas criaturas. Aborrézcanme todas con

tal que Vos me améis. Despidanme de sí con rigor y desprecio con tal que Vos me admitáis con amor y piedad. Viva yo siempre estando á vuestro cargo, presente á vuestro amor y á la memoria vuestra; y pues hoy os dignáis de ser mi huésped y morar en mi pecho, venid, llenad mi corazón y abrasadle en amor. «Venid, Padre de pobres; venid, luz de las almas, descanso en los trabajos y consuelo en el llanto. ¡Oh luz del corazón! ¡Oh dulce huésped mío, venid, venid aprisa, y llenaréis los senos de mi alma, que ansiosa os llama y os desea gozar.»

Ea, Señor, inclinad esos cielos de gracias y virtudes, y descien dan con Vos; que pues Vos, Rey del cielo, queréis humillaros y venir á mi pecho, ¿qué mucho que

los cielos se humillen y descien dan con Vos? Vengan, Señor en vuestra compañía todas las vir tudes, que adornando mi alma la conviertan en el cielo, para que Vos, como Rey de los cielos, viváis con gusto en ella como en morada propia y palacio real digno de vuestra real Persona. Amén.



HACIMIENTO DE GRACIAS
PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN (1)

Dulcísimo Jesús, Redentor mío: ¿de dónde á mí tanto bien que vuestra divina Majestad haya querido venir á mí y hospedarse en mi pecho? ¡Oh alma mía! Bendice al Señor, dale mil gracias por favor tan crecido, por merced tan inmensa, como es que un Dios eterno, inmenso, omnipotente, se haya querido aposentar en tan humilde choza. En fin, Señor, lo habéis hecho como quien sois y como de Vos se podía esperar. ¿Qué podía hacer

(1) De los *Soliloquios* del P. Villegas, J. S.

un Hijo de Dios vivo, un Hijo de la Virgen santísima, María, sino un favor como éste que sobrepuja toda alabanza humana, todo encarecimiento? ¡Oh! ¿Qué podía esperarse de un Señor como Vos, tan generoso y noble, tan afable y tan amoroso, sino excesos de amor, finezas de amistad?

Ea, alma mía, llega gozosa á besarle la mano, dale la bienvenida al Rey del cielo, al Hijo del Altísimo, y cántale la gloria de un exceso de amor, como hoy ha hecho en bajar á la Tierra sólo por verte y hacerte compañía. Mira que por ti sola, y por gozar tus brazos, cual fino amante viene tan disfrazado que, desmintiendo espías y ocultando deidades, en un momento baja desde el empíreo cielo, y oculto á los sentidos se ha entrado por tus

puertas. Ea, alma mía: llégate á Él, no temas; bien puedes acercarte, que no viene de guerra, sino de paz y amor; no viene á castigarte, sino á favorecerte; no á tratar de pendencias y riñas, que ésas ya se acabaron, sino de paz y amores, que de esto sólo trata en este Sacramento. Ea, llega á pedirle mercedes, que está muy para hacerlas; no pierdas la ocasión, que es la mejor del mundo, así para pedir las como para alcanzarlas.

Potencias y sentidos míos, venid aprisa á adorar al Señor; venid y gozaréis de vuestro Salvador; venid, venid conmigo y adorémosle juntos; lloremos nuestras culpas delante de sus ojos, que Él es tan buen Señor, tan manso y piadoso que no os echará de sí. ¡Oh Rey de la gloria!

No, no os habéis de ir sin dejar bien pagada la posada; no os habéis de ir sin enriquecer primero mi alma con vuestra gracia y dones, que es muy de príncipes pagar el hospedaje con real munificencia. ¡Oh qué buena mano, Señor, soléis tener en enriquecer pobres! Mostradlo hoy remediando mi desnudez y pobreza. No os pido hagáis conmigo más de lo que de Vos se puede esperar. Y aunque os pido, mi Dios, paga de la posada, bien reconozco os debo la comida y bebida de vuestro cuerpo y sangre que me habéis dado en ella, y es de valor inmenso é infinito... ¡Oh qué sabroso manjar! ¡Oh qué regalada bebida! ¡Oh qué carne tan substancial! No tiene Dios en su gloria plato más regalado, comida más sabrosa, vino más

generoso, mesa más real que ésta, en que nos da á comer su cuerpo virginal y á beber el vino generoso de su sangre, que engendra vírgenes. ¡Oh alma mía, y qué dichosa has sido en sentarte á esta mesa! ¡Oh qué néctar tan dulce! ¡Oh qué sangre tan encendida en el divino amor! ¡Oh qué lindos y generosos espíritus que cría! ¡Oh cómo se amortiguan con este soberano bocado las pasiones, y las que antes ladraban importunas, con él se adormecen y callan! ¡Oh mi dulce Jesús! Haced, mi Dios, que ya no guste yo de cosa alguna, sino de solo Vos: haced que quede bien tomada la tinta de vuestra sangre en mi alma, para que, aunque dejéis Vos de estar sacramentalmente en mi pecho, no se vaya de mí vuestra gracia, no se

destiña mi alma ni pierda el color y lustre que causa dondequiera que vuestra gracia está. No haya en mi alma y cuerpo, desde esta hora y punto, mancha ó pecado alguno, por pequeño que sea, que ofenda vuestros ojos, que os obligue á mirarme con enojo y rigor, ó con menos cariño.

Sagrados serafines que en el fuego de amor estáis ardiendo: ¿no me diréis qué haré para pagar á Dios tan excesivo amor, finezas de amistad que sólo caben en un pecho tan noble y generoso como el suyo? ¡Oh Rey de la gloria! ¡Oh vida de mi alma! ¡Oh Esposo mío dulcísimo! Si conmigo os mostráis en este divino Sacramento tan fino amante que me habéis dado en él perdón de mis pecados, remisión de mis culpas, consuelo y compañía en mis

trabajos, todos vuestros tesoros y todos los bienes juntos, y, lo que es más, á Vos mismo con ellos todo entero, sin reservar nada que no sea todo mío, ¿qué no podré esperar de vuestro amor, de vuestra piedad? ¡Oh! ¿Qué don puede haber tan excesivo y grande que iguale con el que me habéis dado en daros á Vos mismo? Os alaben, Señor, los cielos, y la Tierra, y todas vuestras criaturas os bendigan por esta gran piedad y misericordia que con mi alma usasteis.

Soberano Señor, Salvador mío: si dondequiera que entrasteis, viiendo acá en la Tierra peregrino, hicisteis tantas y tan grandes mercedes, ¿por qué no esperaré yo ahora, estando ya en el Cielo y bajando glorioso á morar en mi pecho, le habéis de enrique-

cer como de vuestra mano? Entrasteis en el vientre virginal de María, y le disteis el primado de todas las criaturas y la corona y cetro de los cielos y Tierra. Entrasteis en este mundo, que estaba helado y muerto, y dísteisle la vida de la gracia. Entrasteis en el portal pajizo de Belén, é hicisteislo palacio real y corte imperial. Entrasteis en Egipto, y derribasteis por tierra sus ídolos, y le poblasteis de monjes y ángeles en pureza. Entrasteis en casa de Zaqueo, y de pecador le hicisteis santo. Entrasteis en casa de Zacarías, y santificasteis al Bautista; en la casa de Obedón, y dejásteisle rico; y en el infierno, é hicisteisle paraíso. Pues, Señor, si sois ahora el mismo que entonces y sólo habéis trocado el puesto, mas no la condición, ¿por qué

no esperaré yo, soberano Señor, de la grandeza vuestra que habéis de usar conmigo de vuestra acostumbrada misericordia, pues os habéis dignado de entrar en mi pobre morada?

Ea, ángeles santos; ea, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, virtudes, potestades, querubines y serafines, venid, venid aprisa y veréis las inmensas mercedes que ha hecho Dios á mi alma: ea, venid y rendidle las gracias por tan grandiosos dones, pues no soy yo bastante para dárselas por la menor de sus misericordias. ¡Oh Salvador del mundo! ¡Oh Esposo de las almas! ¿Con qué os pagaré yo tan rica dádiva, tan soberano don? Os diré abrasado de amor, con el gran patriarca San Ignacio: «Recibid, Señor, toda mi li-

bertad, mi memoria, mi entendimiento, mi voluntad, todo mi haber y poseer, cuanto tengo ó poseo todo es vuestro; Vos, Señor, me lo disteis: á Vos, Señor, lo devuelvo; dadme vuestro amor y gracia, y esto sólo me basta.» Sea yo todo vuestro, y hágase en mí siempre vuestra santísima voluntad, y no permitáis, ¡oh Rey de la gloria!, que en este vuestro templo de mi cuerpo, que hoy consagrais con vuestra real presencia, éntre cosa inmundada; antes conservadle siempre puro y sin mancha, como palacio real y casa propia en que descanséis y moréis por mil eternidades, por siglos sin fin. Amén.

